



Año VI

Madrid 1.º de Abril de 1883

Núm. 107

SUMARIO

I. Los Estados cristianos desde 1212 á 1350. — II. El adorno en las mujeres. — III. Biografía de la Infanta doña Paz. — IV. Aurelia. — V. Nuestro grabado. — VI. A S. A. la Infanta doña Paz. — VII. La guitarra. — VIII. Ideas religiosas. — IX. La última hoja. — X. El sastre pirotécnico. — XI. El viejo misterioso.

LOS ESTADOS CRISTIANOS DESDE 1212 Á 1350

ESTUDIO CRÍTICO-HISTÓRICO

El día 12 de Julio de 1212 es seguramente la más memorable fecha que los Estados cristianos de aquellos tiempos, y Castilla sobre todos, consignar pueden en sus gloriosos anales con satisfacción y orgullo: en ese día, las innumerables huestes de la bárbara morisma, acaudilladas por el célebre Miramolin, fueron vergonzosamente derrotadas y puestas

en fuga al gigantesco empuje de los vigorosos ejércitos de algunos Príncipes y Soberanos, á cuyo frente se hallaba Alfonso VIII.

El pavoroso eco de la batalla de las Navas ha llegado hasta nuestros oídos, siquiera pese al pueblo agareno, continuando al través de los siglos su imperturbable transmisión, para morir tan sólo allí donde se alce el sepulcro de la postrera familia humana, mejor aún, allí donde perezca el último eslabón de esa cadena indefinida denominada sociedad.

¡Nó; el tiempo, que todo lo destruye y anonada con su mágico poder de implacable titán, no ha podido extinguir en sus inmensos abismos el rudo choque de aquella pelea, los brutales juramentos de los hijos del Profeta huyendo horrorizados ante el desnudo sin par de sus enemigos, los desgarradores ayes de los moribundos al caer en tierra exánimes, ni la desenfrenada gritería de los cristianos, embriagados con el nectar enloquecedor de la victoria!

El lapso de tiempo que nuestra Historia

patria presenta desde el acontecimiento que hemos apuntado hasta la muerte de Alfonso XI, ha de ser el cuadro que, en imperfecto boceto, presentaré hoy á la consideración de los señores suscritores de esta Revista.

La historia de la Reconquista es asimismo la historia de la Fé cristiana de aquella época.

Las generaciones que, durante los ocho siglos de permanencia sarracena en nuestra Península, pugnaban por derribar la media luna para sustituirla con la Cruz del Salvador, profesaban á las creencias cristianas una fé de puro sentimiento, motivo por el cual cayeron más de una vez en el fanatismo, desplegando en ocasiones intolerancia y crueldad tales, que la crítica imparcial no puede menos de declarar indignas de la pura bondad del Evangelio.

La preocupación constante de aquellos nuestros antepasados era el Catolicismo; pero no tal y como preocupa en nuestros tiempos, en que la duda y el espíritu de análisis dejan sus huellas terribles impre-

sas por do quier, nó; entónces nadie pensaba en examinar, como ahora, las creencias que por todos se admitían *a priori*, y si hacían de ellas su principal objetivo, eran tan sólo embargados por la insaciable avidez de ordenar sus actos á la consecución de un fin anhelado y supremo; ¿sabeis cuál? gozar por siempre en ultratumba de la *visión beatífica*, mediante el *límen gloriæ* ofrecido por los teólogos; visión y luz respecto de las cuales ni siquiera concebían la posibilidad de la duda; su ánimo estaba sereno y tranquilo con la satisfacción del que cree.

¡Ay, felices ellos, que no vieron fulgurar allá, en las lontananzas de la idea, la fatídica luz del relámpago precursor de ese potente rayo intelectual que en el pasado siglo, y desde la Germania, quiso divorciar, aunque no lo consiguió, á la Filosofía de la Religión, y dejar á ésta vacilante á merced de las hirvientes olas de la ciencia, como ondula y se agita sobre el embravecido piélago la quilla de una nave salvadora, después de estrellarse contra una diamantina roca, apenas pasada la borrasca!

Un pueblo, por consiguiente, en cuyo corazón tenía el Catolicismo hondas raíces, debía presentar en todas sus manifestaciones indelebles señales del sentimiento con que tan bien se había identificado; así sucedió en efecto.

El sucesor de San Pedro, el Sumo Pontífice, el padre de los fieles, vivía en una atmósfera saturada con el suave perfume de la más humilde obediencia, desprendida de las piadosas almas que animaban á sus consagrados hijos, gozando al propio tiempo de una tan decisiva influencia, que su poder, casi omnímodo, sobrepujaba en mucho al de la Monarquía.

Las Órdenes de puro carácter religioso y las mixtas ó religioso-militares, multiplicáronse en el período que reseñamos, surgiendo después del triunfo de la Santa Cruz, aunque en épocas y pueblos distintos, estas dos principales: Santiago y San Julián del Pereiro.

Pero, á pesar de aumentarse por una parte el número de estas comunidades, vemos por otra la formación de un proceso á la del Templo; hecho que á primera vista podría llamar nuestra atención hacia el asombro, si no supiéramos de antemano la dificultad, más claro, la imposibilidad de que el hombre se despoje, generosamente y en absoluto, de los intereses terrenos; y siendo la supracitada Corporación una sombra para el poder real, buscó afanoso este medio de destruirla, no teniendo escrúpulo alguno en hacerlo, clavándola el punzante y corroedor dardo de la calumnia al acusarla de herejía.

¡Ah, la infame hidra del sórdido egoísmo busca también escondite en el augusto manto de la Religión!

Ved aquí, pues, y aunque con deplorable desaliño, el boceto de ese interesante cuadro, de que os he hablado al comenzar mi

humilde trabajo, ejecutado en su parte religiosa; réstanme aún dos más: la intelectual y la artística.

Procedamos al exámen de la primera.

¿Qué ciencias cultivaban los cristianos? Esta es la pregunta que conviene formular ahora.

La ciencia, en la verdadera acepción de la palabra, no había nacido aún en aquel momento histórico; apenas si podían apreciarse los pristinos y más rudimentarios movimientos de su gestación; tan sólo las manifestaciones histórica, jurídica y teológica comenzaban las primeras evoluciones en dirección hacia el progreso.

Las ciencias positivas, como la Medicina y Cirujía, si bien existían en España, eran patrimonio de árabes y judíos.

¿Por qué, si estas fases del saber eran ya conocidas en nuestra Península, no se transmitían á los cristianos?

Por el estado de las creencias religiosas, las cuales prohibían el trato y comunicación con los infieles; bastando que éstos se dedicasen á los estudios citados, para proscribirlos y anatematizarlos.

Sin embargo, la Historia no puede menos de tributar merecidas alabanzas al Rey Alfonso VIII por el hecho trascendentalísimo que ejecutó al establecer la enseñanza universitaria, creando una escuela general en Palencia, donde debían enseñarse diversas facultades por sabios franceses é italianos.

Sedra Sanchez-Mavín

(SE CONTINUARÁ)

EL ADORNO EN LAS MUJERES

SABIDO es que las hermosas parecen tanto más hermosas cuanto más sencillas, y las feas tanto más feas cuanto más se adornan. Hé aquí una verdad, caro lector, que acaso habrás leído en un libro magnífico, cuya riqueza de ideas excede á toda ponderación. Libro que enseña á sentir, despertando las afecciones del alma humana, y que es debido á la pluma de un escritor desgraciado; de un poeta melancólico que no ha tenido rival, y á quien únicamente se parecen *Heine* en Alemania y *Alfredo de Musset* en Francia; de un hombre, en fin, que si para bien de las letras pátrias existiera, viviría con la sien ceñida de laurel y la frente coronada de gloria: el gran poeta sevillano *Gustavo Adolfo Becker*.

Pasando la vista por los artículos literarios del insigne escritor á que me refiero, encontré por casualidad, y sin pretender buscarlo, el pensamiento con que doy comienzo á este humilde trabajo.

¡Tiene razón Becquer, exclamé, al meditar sobre aquella verdad sencilla! Las mu-

jerer hermosas no necesitan un adorno exagerado, porque sin este adorno pueden prender al hombre en la red de sus encantos, y las que desgraciadamente son feas, hacen mal el adornarse, porque ponen de relieve su fealdad. Con artificiosa coquetería suelen dibujarse las primeras y redondear las formas de su esbelto talle, sin tener presente que los afeites del tocador son otras tantas nubes que empañan el cielo de su cara, y los recursos de la modista meras apariencias engañosas, que pueden labrar su desventura cuando el hombre que han soñado por esposo y que les inspiró quizá una pasión vehementísima, palpe la realidad y sufra el más horrible de los desengaños. Este afán que las mujeres tienen de *disfrazarse*, de enmendar la plana á la Naturaleza, suele colocar en situaciones comprometidas á todas ellas, y sobre todo á las que..... ¡pronunciamos con verdadera compasión el nombre! á las que son *feas*.

Pobres mujeres que quedásteis desairadas en el supremo reparto de bellezas físicas, ¡os tenemos lástima! Cuando con pretensiones verdaderamente ridículas teñís vuestras mal arqueadas cejas y tratais de suavizar vuestros ordinarios lábios, presentais un aspecto tan cómico, que no hay hombre que, al miraros, deje de sentir bullir y retozar la risa en sus lábios.

No sigais ese camino; cuidaros menos del cuerpo, más del alma, y ya no pareceréis feas; conseguireis mejores resultados.

El lujo por una parte, la vanidad por otra y el deseo inmoderado que todas tenéis de aparecer hermosas, hacen que, con grave daño de la moral y de las obligaciones más sagradas, se abandone por todos el cumplimiento de altos deberes y se rinda homenaje y culto á la vergonzosa esclavitud de la materia.

Apena el ánimo ver cómo á una mujer virtuosa se prefiere una *bonita*; no brilla tanto la que modestamente reúne condiciones para ser un ángel en el hogar, como la que sabe *tocar el piano* ó *hablar un poco francés*, sean cualesquiera sus defectos; y esto debe sentirse, debe llegar al alma, siquiera no sea más que por el bien y la suerte de esa mitad adorada del género humano.

Hoy, que la mujer quiere arrancar con el hombre sus secretos á la ciencia; hoy, que pretende defender, como magistrado, las leyes de su pátria, conquistar derechos políticos y velar, sobre todo, por la pureza de las costumbres, necesita más que nunca *regenerarse*, dejar de ser frívola, caprichosa y amante de las apariencias, que si es hermosa, Becker lo ha dicho, la sencillez realza su hermosura, y si es fea, el exagerado adorno físico le es contraproducente, mientras que la educación de su espíritu la dignifica y ennoblece.

Si sabe marcar á su vida nuevos derroteros para cumplir la misión que el porvenir la reserva, no hay que dudarle; la

mujer se encarga de probar á la posteridad que puede brillar en la vida privada con los resplandores de su belleza, y en la vida pública con la llamarada del genio.

Federico Gomez Romero

Esté aquí el precioso artículo que el ilustrado escritor Sr. Rada y Delgado, consagra á la memoria de la Infanta doña Paz en el momento de abandonar ésta los patrios lares.

También reproducimos gustosos la sentida poesía del Sr. D. Victor Balaguer dedicada á la misma augusta señora.

Estos trabajos, entre otros muy notables, han visto la luz pública en el último número de la *Semana Madrileña*.

Felicitemos á la Redacción de dicha Revista por su noble acuerdo, y nos asociamos á los patrióticos sentimientos que tan gallardamente campean en toda ella, con motivo del enlace de la augusta Infanta.

A S. A. R. LA INFANTA D.^a PAZ DE BORBÓN Y BORBÓN

SEÑOR DIRECTOR

Me pide Vd. para el número de su periódico, que con justicia dedica á conmemorar las bodas de la Infanta doña Paz, la biografía de esta egrégia dama, y en verdad le digo que, á pesar de mis deseos de complacer á Vd. y complacerme, poniendo al servicio de tan ilustre alteza mi humilde pluma, no acierto á realizarlos.

La historia de un personaje determinado constituye su biografía, y cuando se trata de una dama, desgraciada de ella si tiene historia.

Imposible es, por lo tanto, escribir la biografía de un ángel de belleza y de virtudes, porque la historia de éstos está en los arrobamientos de su espíritu y en las hermosas expansiones de su corazón; y para los unos y para las otras el lenguaje humano carece de palabras, ó si las tiene, pudieran profanarse con ellas las elevadas regiones del espíritu y del sentimiento.

¿Cómo penetrar con el frío análisis del observador en esos insondables mares de la idealidad, que se adivinan mejor que se descubren en la clara é intensa mirada de unos hermosos ojos soñadores, como se creen adivinar, á través de los cristales de un lago transparente, los encantos que guarda bajo sus aguas y los palacios de las ondinas con que las puebla la creadora fantasía?

¿Cómo penetrar en las dulces é inefables expansiones del sentimiento, concha de inmensa ternura, donde al calor de las buenas obras se agrupan hermosas y transpa-

rentes las purísimas perlas de las lágrimas? Los misterios del espíritu y del corazón de un ángel, encerrado en la hermosa figura de una mujer, sólo ella puede comprenderlas, y sólo ella puede permitirnos aspirar alguna vez su purísimo aroma, como las flores sólo pueden dejarnos aspirar sus perfumes, que en vano intentarían rebuscar en sus hojas todos los sabios de la tierra.

Así la Infanta doña Paz, esa pálida flor del Manzanares, que en breve habrá de desplegar los encantos de su belleza y de su modestia en las orillas del Isar, ha escrito ella misma la corta pero encantadora historia, de su alma de ángel.

Inteligente y sensible por naturaleza, ilustrada con sólida y bien dirigida instrucción, al dilatar sus miradas por las vastas regiones de la ciencia y el arte, fijóse con más complacencia en las de éste, porque el arte es la belleza y la poesía, y la belleza y la poesía estaban en ella como los colores y el aroma en el cáliz de una flor.

Así la vemos manejar con hábil destreza los pinceles y pulsar con inspirado estro la lira, no por vano alarde de ingenio, sino para dar expansión á su sentimiento, como cantan los pájaros y la luz pinta en los espacios con la inmensa paleta del iris.

Su imaginación soñadora vive á veces en esa abstracción profunda que casi nunca comprende el mundo, y al apercibirse de que juzgan su tranquila serenidad por pasiva indiferencia, exhala esta manera de dulcísima queja:

«El que en el mundo mi semblante vea
Y me trate al pasar,
Creerá que nada en él me lisonjea,
Que todo me es igual.

Creerá que soy estatua de granito;
Que no puedo soñar;
Que nada quiero, nada necesito,
Que todo me es igual.

Y, sin embargo, yo cruzo la vida
Sintiendo sin cesar;
Y río, y lloro, y mi alma nunca olvida:
Todo no me es igual.»

Y que no todo le es igual, que sabe sentir y comprender con intuición clarísima y elevación de pensamiento, bien lo demuestran los sentidos versos que dedica á otro ángel en la cuna, á su augusta sobrina la Princesa de Asturias:

«Juega alegre, vida mía;
Goza y ríe sin temor;
Aprovecha esa alegría,
Que has de pensar algún día
Que ésta fué tu edad mejor.

Aún no conoces quién eres,
Ni el esplendor de tu cuna;
Que son muchos los deberes,
Y muy pocos los placeres
Que depara la fortuna.

Ignoras que el ser Alteza
No es una felicidad;
Que es estorbo la riqueza

Y el humo de la grandeza
Para saber la verdad.

La corte á tus piés tendrás;
Sonreirán todos contigo;
Pero á tu espalda, detrás,
Mucho mal dirán quizás,
Que es muy raro un buen amigo.

Si hay para el alma disgusto
Hay alegría también,
Porque Dios, que siempre es justo,
Dió á los Príncipes el gusto
De poder hacer el bien.

Haz el bien, nunca esperando
En la tierra el galardón;
El mundo paga olvidando,
Y Dios recompensa dando
La paz en el corazón.»

Nó; todo no es igual á la que de tal modo piensa y siente.

Cuanto de grande y elevado mueve y agita el noble corazón de la mujer, alienta, vibra y se revela en esta otra sentidísima despedida que dirige á su regio hermano, y en que parecen compendiadas todas las grandes dotes de su corazón y de su inteligencia (1).

Después de estos encantadores destellos de aquel espíritu superior, y que forman sobre la Corona de su régia alcurnia otra corona imperecedera, tejida por la virtud y el talento, ¿insistirá Vd. en pedirme, Sr. Director, la biografía de la Infanta doña Paz?

Después de esto, ¿qué nos importa saber que nació el 23 de Junio de 1862 en Madrid, esta fecunda patria de tantos esclarecidos hijos, sobre los que descuella la gigantesca figura de Isabel la Católica; y que recibió desde su infancia tan piadosa como bien encaminada educación, aprovechada á maravilla; y que sintió anublarse los sueños de su adolescencia por vendabales revolucionarios que la llevaron, amparada por el materno amor, á extranjeras tierras; y que después cultivó con nuevo afán el estudio; y que habla á la perfección varios idiomas; y que ama lo pasado y sus antigüedades, como aman las almas buenas todo lo que viste la severa belleza de los recuerdos?

Todo esto, y cuantos detalles pudieran añadirse de su breve existencia, con ser muy bueno, sería pálido y pobre ante el tesoro de espiritualismo y sentimiento que ella misma nos revela en sus versos.

Bien puede el enamorado y digno Príncipe que tiene la fortuna de unir con ella su suerte, repetir, contemplándola, aquel inolvidable pensamiento de Becker:

«La poesía eres tú.»

J. D. Rada y Delgado

(1) No la reproducimos por ser ya conocida de nuestros lectores.

AURELIA



AURELIA es blanca como el ampo de la nieve. Sus ojos son de fuego y brillan con el resplandor de los astros; finísimos cabellos rubios bajan por su frente formando espirales, y una dulce sonrisa deja siempre entrever por sus labios de coral.

Joven excepcional, á quien más preocupa la educación del alma que la belleza artificial del cuerpo, en ella se observa un descuido que atrae, una sencillez que encanta, una melancólica dulzura que despierta generosa simpatía.

¡Pobre Aurelia! Tiene diez y ocho años, y es ya su vida una urdimbre de dolores!

Rendida por el trabajo que sus labores le dán durante el día, y con el cual gana el sustento de su anciano padre, esta infeliz muchacha se recoge — cuando el sol declina — en modesta habitación, y allí se entrega por completo á sus recuerdos; goza cuando concibe una esperanza, ó vierte copioso llanto cuando devora la hiel de un desengaño; alienta unas veces y desespera otras; pero siempre rinde culto á la imagen de un hombre, cuyas ardientes palabras resuenan sin cesar en sus oídos.

—¡Alfredo, Alfredo!—dice Aurelia, reclinando su hermosa cabeza sobre una almohada — ¿dónde estás? ¿por qué no vienes? ¿no me dijiste que la vida sin mí te sería imposible, y que la ausencia te mataría de pena? ¿para qué me juraste amor eterno si no sólo permaneces en tu destierro, sinó que me tienes olvidada por completo?

Dos lágrimas piadosas surcaron las mejillas de esta angelical criatura, cuando en la puerta de la habitación presentóse un hombre de bondadoso aspecto, regular estatura y cabeza blanqueada por la nieve de los años.

Con una voz temblorosa y con acento apasionado y tierno,

—¡Aurelia, hija mía!— exclamó el anciano; — ¡siempre llorando! ¿en qué consiste que permaneces horas enteras encerrada en tu habitación, y das lugar con tu retraimiento y tu tristeza inexplicable á que todo el mundo murmure de tí, ó cuando menos, se ocupe mal de tu carácter? ¿Por qué acibaras la existencia de las personas que te rodean, y te haces tú misma desgraciada? ¿Es que, por ventura, te se vá haciendo enojosa la compañía de tu anciano padre, y pesada la carga que te supone?

Aurelia se deshacía en llanto, y no podía contestar.

No podía porque en aquellos momentos sostenía consigo misma una terrible lucha, y en las luchas de la vida suele hacerse pedazos el corazón, pero la lengua enmudece.

La situación de tan simpáticos persona-

jes era violenta, cuando un incidente imprevisto vino á rasgar el velo y á descubrir el secreto que venía proyectando en aquella casa la sombra de la tristeza.

Por una ventanita del reducido cuarto de Aurelia vióse en efecto caer un papel blanco, que era una carta de Alfredo.

Esta carta, que acababan de echar en la habitación, fué sorprendida por el padre, quien, en medio del mayor asombro, leyó lo que sigue:

« Aurelia: Si nuestra ausencia se prolongara más tiempo del que nosotros creemos, y por desgracia viviésemos separados, cuando más necesitamos de la unión, tén presente que *sagrados deberes nos unen mutuamente, y que ante Dios es ya tuyo,*

» ALFREDO. »

—¡Oh, terrible revelación! ¿Qué deberes sagrados — preguntaba el anciano en doloroso arranque de desesperación — ligan á mi hija con un hombre?... Tú, Aurelia, que eres inocente como una paloma y hermosa como una vírgen; tú, que te distingues entre todas tus amigas por la belleza y por la virtud; que constituyes mi bien, mi esperanza única... tú, hija mía, que lloras continuamente como si quisieras lavar con lágrimas las manchas de faltas cometidas, dime, responde, ¿por qué «ante Dios eres de un hombre?» ¿Acaso no eres tan pura como yo te creí? Y, sobre todo, ¿quién es ese Alfredo, que al pronunciarlo me extremezo, y siento nubes de sangre que pasan por mis ojos?

—Padre mío—respondió Aurelia, haciendo un supremo esfuerzo para enjugar el llanto; — ese Alfredo que no conoces, ó mejor dicho, de quien no te acuerdas, es aquél jóven que yo no amaba cuando era niña, pero que tú me obligaste á querer diciéndome que me convenía porque era rico. Mi madre me enseñaba que te obedeciera ciegamente, y, dócil á tus consejos y á sus enseñanzas, yo comencé por aficionarme á Alfredo. Después..... pasó el tiempo; mi afición se convirtió en cariño; este cariño creció, y hoy ya me vés: la palidez de mi rostro, las líneas amoratadas que rodean mis ojos, todo, reclama y exige tu perdón.

Querido lector: Han pasado seis meses, y Aurelia es madre de un niño robusto y hermoso.

El respetable anciano que conocemos por padre de nuestra heroína, muere aislado y en medio del mayor remordimiento.

Muere, sí, porque al recordar que él mismo había inclinado el ánimo de Aurelia hácia la pasión de Alfredo; que él había educado á su hija con tolerancia culpable, respetando sus caprichos, buscándole placeres y distracciones, al mismo tiempo que satisfaciendo sus menores exigencias; al recordar todo esto, y al convencerse de que era criminal ante los ojos de Dios por haber

dado ocasión á la deshonra de una hija, sintió un dolor en el alma y un peso en la conciencia, que bien pronto le privaron de la vida.

La educación de las hijas, ¡ah! es un problema siempre discutido por los moralistas y nunca bien aplicado por los padres de familia.

E. Gomej Romero

NUESTRO GRABADO



CUATRO palabras nada más diremos del edificio sevillano que, con el nombre de Palacio de San Telmo, es admirado de cuantos le visitan.

Es, ciertamente, digno de contemplarse con detenimiento, no porque revela buen gusto en su construcción, más por el raro capricho que en sus detalles presenta.

Su gran portada de mármol se compone de tres cuerpos con columnas de pesados adornos.

La ejecución artística revela al punto al contemplador, siquiera esté someramente iniciado en el arte bello-útil de la arquitectura, la decadencia en que ésta se encontraba en la época del levantamiento del Palacio de San Telmo. Hizose, en efecto, dominando el gusto borrominesco, estilo especial del italiano Borromino. La aglomeración de estatuas, hojarascas, Santos, querubines, flores, lazos, sartas y conchas, así lo indican.

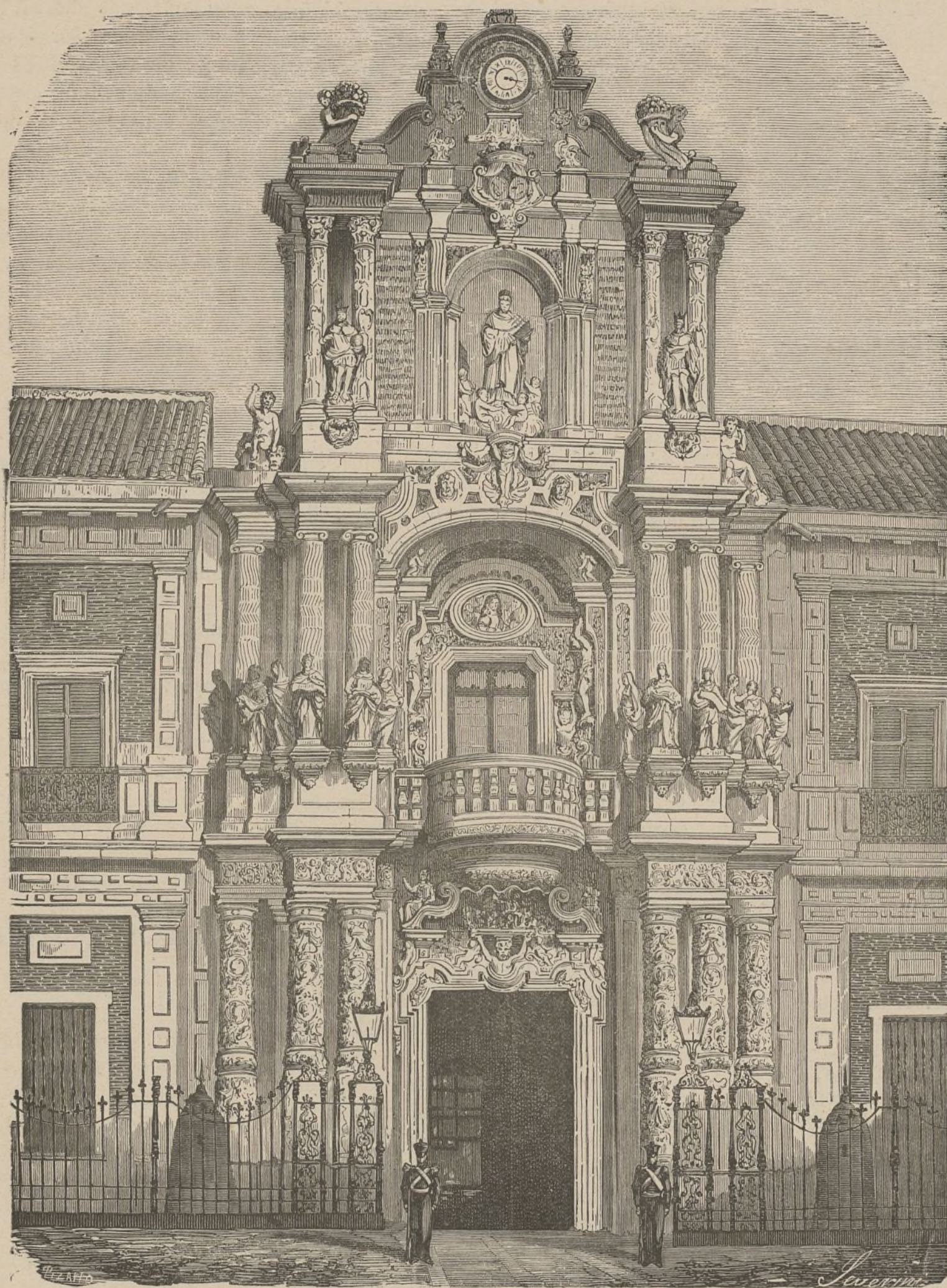
El proyecto de su construcción data nada menos que de la época del Rey Felipe II, pues D. Fernando Colón, hijo del eterno descubridor del Nuevo Mundo, propuso á aquel Monarca se construyese un edificio, destinado á centro de enseñanza, en la hermosa ciudad reina de Andalucía; pero, muerto D. Fernando Colón, semejante proyecto permaneció en *statu quo* hasta el año 1607, en que, pensando de nuevo en él, hubo de dejarse por falta de medios.

Llegó tal proyecto á ser un hecho en 1681, estableciéndose en el edificio que representa nuestro grabado, y de que venimos ocupándonos, una enseñanza para marine-ría, pilotaje y artillería, bajo el nombre de Colegio de San Telmo.

En el presente siglo, año 1848, pasó á ser Colegio Real, hasta que, trasmitida su propiedad por el Gobierno á los señores duques de Montpensier, viene siendo, con el nombre de Palacio de San Telmo, el punto de su residencia.

Hé aquí los más importantes datos que de este edificio merecen ser recordados.

E. Gomej



FACHADA DEL PALACIO DE SAN TELMO EN SEVILLA

Ayuntamiento de Madrid

Á S. A. LA INFANTA DOÑA PAZ.

Muy poco he de decir. Oye, oh, Señora:
Yo soy un viejo trovador errante
Que allá, y á orillas de la mar latina,
En el tranquilo hogar de una modesta
Familia patriarcal, oí cien veces
Tu nombre bendecir y tus virtudes.
De tí me hablaban con acento dulce,
Rebosante de amor y de cariño,
Tres gentiles doncellas de mi pátria,
Gemelas en bondad y en hermosura.

Á amarte me enseñaron, y por ellas
Te conocí. Supieras, oh, Señora,
Allá, en las noches del invierno frío,
Cabe el hogar donde el chisposo leño
Ardía con su llama tremolante,
Supieras, oh, Princesa, cuántas veces
Oí tu nombre repetir, y cuántas
Á blandos y amenísimos coloquios
Ocasión distes y discreto temá.


Hoy, que en sus alas el amor te lleva
Á nueva patria y nuevos lares, donde
Con un edén encantador te brinda,
Hoy es cuando su lira arrinconada
El pobre viejo trovador descuelga,
Y sin lisonjas vanas, que no caben
En quien perdidos lleva ya once lustros
Por las abruptas sendas de la vida,
Á tí, Princesa, su recuerdo ofrece
Y con él los fervientes puros votos
Que en tu favor y tu dicha, al cielo
Con alma, vida y corazón eleva.

¡Cólmete Dios de glorias y venturas!
Bien las merece, bien el alma noble
Que á la patria y al arte, confundidos,
Guarda en un mismo amor y mismo culto;
Bien las merece la gentil doncella,
De alma española y corazón de artista,
Que en brazos del esposo idolatrado
Vé á sus ojos lucir, esplendorosa,
La estrella del amor: ¡Prémíela el cielo
Cual su alma bella y su virtud merecen!
¡Bendígala el Señor!

Oye, oh, Princesa.
Jamás contigo hablé; mi nombre oscuro
Jamás habrá llegado á las regiones
En que radiante brillas; pero á amarte
Un día yo aprendí, y á conocerte;
Y sé bien que al partir, firme, indeleble,
Recurso eterno llevas en el alma.
Podrá tu nueva patria darte goces,
Y en esplendentes, resonantes fiestas,
Entre nubes de incienso alzarte al trono
Donde á las bellas el amor guarece;
Podrá también tu nuevo hogar brindarte
Con las delicias del amor honesto
Y los placeres dulces de familia,
Más dulces para aquel ¡ay! que los pierde;
Podrá por fin el arte, gran maestro
Redentor de las almas, ofrecerte
Honradas horas de placer y encanto,
Cual otras no se gozan más amenas;
Y abrirte purpurinos horizontes
De vida, y luz, y amores, y á tus sienes
Ceñir el lauro eterno de la gloria;
Mas yo sé bien, yo sé, que nada, y nadie,
Podrá borrar el íntimo recuerdo
Que en tu pecho te llevas hoy grabado,
Y yo sé bien, yo sé, que nunca, nunca,
Nunca ¿verdad? olvidarás tu España?

Victor Balaguer

LA GUITARRA

ABEIS oído en el silencio de la
noche esas dulcisimas notas que,
escapándose de frágil caja de
madera, semejan célico canto que brota de
un coro de ángeles?

¿Habeis experimentado en vuestro cora-
zón el inefable goce que proporciona ese
lenguaje de las almas apasionadas que, tie-
ne por intermediarios el ritmo y la cadencia
que emana de ese bello instrumento cuyo
nombre sirve de epígrafe á estas líneas?

Si lo habeis oído, si sentisteis siquiera
por un momento esa música, ora tierna y
apasionada como el primer sueño de amor,
ora suspirante como un niño que abre su
vida á los placeres del mundo, ora bélica y
guerrera como canción patriótica, podreis
comprender lo que vale para un español de
pura raza la expresión más propia de las
canciones populares, de los sentimientos
del alma y de las aspiraciones más puras del
espíritu.

Al escucharla en silenciosa noche, sién-
tense invadir el alma por dulce somnolencia
que nos transporta á otros tiempos y otras
edades: instrumento inventado por los ára-
bes para modular en sus artísticas habita-
ciones todos los tonos y todos los giros de
su sentimiento; representación gráfica de
la delicada fantasía de aquéllos, recuérdan-
os siempre la época en que la poética An-
dalucía, sujeta aún al yugo mahometano,
era el centro de la civilización y de la cien-
cia, y el emporio al mismo tiempo de las ar-
tes bellas que tanto y también cultivaron
los sectarios de Mahoma durante los ocho
siglos que asentaron su planta victoriosa
en lo más florido de nuestra pátria.

Insensiblemente, el ánimo cree ver pasar
ante sí pleyades de encubiertos agarenos
que, dando al aire los flotantes pliegues de
sus alquiceles y albornoces, pululan por las
estrechas y tortuosas calles de la Metrópoli
agarena en España, elevando las delicadas
notas de sus guzlas á los altos y calados
agimeces de las casas donde moran las hu-
ries de sus ensueños amorosos.

Vemos destacarse paulatinamente de en-
tre la penumbra de nuestros recuerdos las
esbeltas torrecillas de sus minaretes, coro-
nadas por áureas esferas, en las que, refle-
jándose el ardiente y poderoso sol del Me-
diodía, arranca á cada instante infinitos ra-
yos de luz que, dispersándose por la atmós-
fera, semejan pequeños diamantes esparci-
dos por el limpio espacio.

Destácanse sobre las rojizas tapias las
verdes ramas de floridas palmeras, y óyense
entre el profundo silencio de la siesta las
amorosas canciones con que regalan á sus
compañeros los canoros ruiseñores que ani-
dan en la espesa arboleda.

El delicado aroma de violetas y azahares
embalsama el áura, y toda esta magnificen-
cia de una vejetación lozana y vigorosa dá

una prueba palmaria y evidente de la exu-
berancia con que se adorna la naturaleza en
las privilegiadas regiones del Mediodía de
España.


En revuelto y confuso torbellino vemos la
animación de zambras y de fiestas, y en
ellas agitarse y bullir, como en inmenso
hormiguero, árabes de tostada tez y pode-
rosos ojos, que lo mismo lanzan miradas
de pasión ardiente, que iracundos rayos de
mal contenida cólera, y hermosas mujeres
aéreas, vaporosas, de negra y luenga cabe-
llera, de esbelto talle y microscópico pié,
capaces de seducir con sus encantos al sér
ménos impresionable de la Creación.

Si; toda esa galante edad de justas y
torneos, de cañas y de cintas, de amor y
poesía, aparece en el cosmorama de nues-
tra mente á impulso de los melancólicos
acordes de la guitarra, que unas veces ex-
hala en lastimeras quejas todos los pesares
de un corazón herido, y otras hace brotar
de nuestro pecho inmensos raudales de pa-
sión y de cariño.

Siempre que á mis oídos llega el armo-
nioso ritmo de sus cuerdas, entonando con
magica indolencia los sentidos aires de una
«malagueña» ó un «polo», no sé qué pasa
en mi interior, pero conmuevense todas
las fibras del alma y mil torrentes de ar-
monías brotan de lo más recóndito del sér
que, estático, gozando esas delicias soña-
das siempre y nunca realizadas, vé desli-
zarse la vida entre risueñas nubes de color
de rosa, mientras el pecho exhala conmove-
dor suspiro que en sus ondas va diciendo:
¡Bendita seas tú, sultana de los aires es-
pañoles!

Juan Marqués y Sota

IDEAS RELIGIOSAS

on actos de religión concurrir á los
templos, arrodillarse al pié de los
altares, oír misa, asistir á las fun-
ciones religiosas, recibir los Sacramentos,
rezar, elevar el corazón á Dios, meditar
sobre los Misterios divinos, ejecutar actos
de fé, esperanza y caridad.

El conjunto de estos actos es la Religión.
La Religión es el lazo que liga al hombre
con su Creador. La Religión está en el co-
razón y la conciencia, y consiste en tener
el alma llena de fé, de esperanza y de ca-
ridad, esto es, en creer firmemente en Dios
y amarle como á Creador y Padre y á
nuestros prójimos como hermanos. Se
asienta, pues, la Religión en el corazón del
hombre y se dirige á Dios.

Si el suelo produce árboles, plantas y
flores, y los árboles y plantas ofrecen sa-
brosos frutos; si los animales fieros viven

en las selvas y los mansos al lado del hombre ayudándole y sirviéndole, y los hombres tienen inteligencia racional y el dón de la palabra para expresar sus pensamientos; si existe la sociedad humana, y las ciudades y los reinos sobre la tierra, y existe el inmenso conjunto del universo que admiramos, es porque Dios ha querido criarlo todo y quiere continuar conservándolo.

Que existe Dios, es una verdad fundamental que está en la conciencia de todos, tan palmaria, que basta mirar alrededor para comprenderla.

Cuando se contemplan los grandes cuadros de la Naturaleza, como la sublime vista del mar, una precipitada catarata ó una dilatada extensión, se comprende que hay un poder más grande que el poder humano, una inteligencia soberana que todo lo rige, un Sér superior á todos los seres, una existencia infinita y eterna.

* *

Dios es el Sér que reúne en sí todos los bienes en grado infinito. En Él no hay limitación alguna. Todo existe en Dios, menos el mal. Es el bien infinito, la verdad infinita, la belleza infinita.

Es infinitamente sabio, porque el saber es una perfección.

El hombre conoce unas cosas é ignora otras muchas; Dios las sabe todas. Penetra los más íntimos deseos y pensamientos del hombre; ningún hecho le pasa inadvertido. ¿Dónde huiremos de su presencia? Si subimos al cielo, Él está allí; si descendemos al infierno, él está allí también.

Dios es omnipotente. Su poder se extiende á todo lo posible, no reconoce límites. Puede apagar el sol, aniquilar el universo y crear otros soles y otros universos; puede dar ó quitar la salud, prolongar ó acortar la vida, aumentar ó disminuir la felicidad, la gloria ó la fortuna. Pero no puede hacer lo imposible ni lo malo.

Dios creó el mundo con un acto de voluntad, dijo: *fiat, hágase*, y todo fué hecho. La luz que nos alumbra, los astros que lucen en el cielo, la tierra y el mar, la vejección, los animales, todo lo que se esconde en las entrañas de los montes, el hombre y todas las cosas del universo, son obra de la soberana mano del Sér Supremo.

La acción divina no se limitó á sacar de la nada el mundo; continúa en incesante actividad, conservando, ordenando y dirigiendo todas las cosas. No abandonó su obra al acaso; sigue regulando el curso de la máquina admirable del mundo, y todos los fenómenos que en ella se verifican tienen su primera causa en la voluntad divina. Sin que Dios lo ordene, no se mueve el viento, ni el mar, ni los planetas, ni se caen las hojas de los árboles, ni se realizan los movimientos sociales, ni se trastornan las naciones, ni se mudan los imperios, ni se destruyen las regiones, ni se quebranta el orden del universo.

* *

Antes que el mundo apareciese en el espacio, criara Dios unos seres espirituales, libres, sabios, dichosos, radiantes de gloria. Algunos de ellos, creyéndose iguales á su Criador y abusando de su libertad, rebeláronse contra Él. En castigo de su soberbia y rebeldía, fueron arrojados del cielo, y perseverando en su maldad, se ocupan en tentar á los hombres é inducirles á pecado. Por el contrario, los ángeles buenos se ocupan en dar gloria á Dios y en dirigir á los hombres por la senda del bien, y apartarlos y defenderlos de todo mal.

* *

Crió Dios al hombre en el sexto día de la creación. En los cinco días anteriores fueron hechas todas las cosas que existen en la tierra, en el mar, en el aire y en el firmamento.

El hombre es la más perfecta de las criaturas de la tierra, la única que goza de libertad y de razón, la única que alaba conscientemente al Criador, la única que se conoce á sí misma.

Nuestros primeros padres perdieron el estado de inocencia y perfección en que Dios los colocara, por haber quebrantado el precepto de no comer de la fruta prohibida.

La causa de aquel pecado fué la soberbia de Adán y Eva y la sugestión del espíritu del mal.

Las consecuencias de aquel pecado las padece todo el género humano, y al cual son debidas todas las miserias de que está rodeado el hombre.

Por el pecado se pierde la gracia de Dios, y con la gracia de Dios se pierden todos los bienes.

El pecado de Adán y Eva llámase original, porque dió origen á todos los pecados que se cometieron después en el mundo y á las penalidades de la especie humana.

El segundo pecado de que nos habla la Sagrada Escritura es el del fratricidio de Caín, cometido en Abél.

Este crimen fué castigado con terrible remordimiento y eternos tormentos.

Al pecado sigue siempre el castigo.

Nunca el malo fué dichoso.

* *

Jesucristo, unigénito de Dios, redimió á los hombres de la esclavitud del pecado.

Bautizado por San Juan en el río Jordán, retiróse al desierto y ayunó por espacio de cuarenta días; tomó doce discípulos de humilde condición, que, después de iluminados por el Espíritu-Santo, dieron pruebas de una grandeza de espíritu sin igual, y difundieron la doctrina de su Maestro Divino.

Jesucristo predicaba el Evangelio en la ciudad, en el campo, en la sinagoga y en donde quiera que se encontraba.

Se predicaba á sí mismo como Mesías—prometido por Dios—esperado por los Patriarcas, anunciado por los profetas.

Se presentaba como Hijo de Dios, consustancial al Padre, Salvador de los hombres, Dios y Hombre verdadero.

Su doctrina es la más santa, más elevada y pura.

La sociedad en aquel tiempo estaba perturbada y corrompida por las sensualidades.

Jesucristo, en tales circunstancias, predicó la abnegación, el desprecio de los placeres, la caridad y la humildad.

Dijo: « Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

» Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

» Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

» Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

» Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

» Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

» Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

» Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Comprobó la verdad de sus palabras con patentes milagros.

El pueblo le seguía en multitud, y creyó su doctrina en vista de sus hechos milagrosos.

* *

La Biblia es el libro de la verdad, la carta que Dios escribe al hombre, en la cual se contiene la revelación divina.

Comienza con el Génesis, que refiere cómo Dios creó el mundo de la nada, y acaba con el Apocalipsis, que habla del fin del mundo, y en toda ella se contienen los principios de la verdadera sabiduría, comunicada por Dios á los escritores divinamente inspirados.

Para conocer bien las doctrinas del Evangelio es fuerza consultar la tradición de las primeras generaciones que siguieron á la de los Apóstoles, de la cual son fidedignos testigos los Santos Padres, varones clarísimos por su virtud, saber y celo por el bien de las almas y aumento de la fé cristiana, y que en sus escritos dejaron consignado lo que en su tiempo se pensaba, se creía, se recordaba y decía acerca de las enseñanzas de Jesucristo, y que interpretaron sabiamente las Sagradas Escrituras.

* *

La congregación de todos los fieles cristianos se llama Iglesia de Jesucristo.

Dios la sostiene, y es perpétua, y durará, según las divinas promesas, hasta la consumación de los siglos.

Jesucristo vela constantemente en el cielo por la conservación y aumento de esta congregación santa.

Las notas por las cuales la verdadera Iglesia se distingue de las iglesias falsas

son la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad.

Es una, porque tiene una sola fé, una sola cabeza, un solo bautismo; es santa porque no puede haber error en su doctrina, ni vicio en su constitución; es católica porque es universal y se extiende á todos los tiempos y lugares; es apostólica porque sus pastores son sucesores de los Apóstoles.

* *

Dios premia al bueno y castiga al malo. Venimos á este mundo á ganar méritos para alcanzar la bienaventuranza eterna.

Dios colma de bienes al que es sinceramente virtuoso, y fulmina castigos contra el perverso.

El que cumple sus deberes morales y vence las tentaciones del espíritu del mal, tendrá en el cielo una perfecta y eterna felicidad.

El que se entrega á la maldad, y muere sin arrepentimiento, tendrá en la eternidad el terrible castigo de sus faltas.

Los que sin ser enteramente justos, mueren en gracia de Dios, van al Purgatorio para purificarse de sus pecados y subir después á gozar de la eterna bienaventuraza en la patria celestial.

Dios es infinitamente misericordioso, y á la par infinitamente justo, y por eso premia á los buenos, castiga á los malos y dá auxilios especiales para alcanzar la justificación y la gracia del Todopoderoso.

Manuel González Marañón

PRESBITERO

LA ÚLTIMA HOJA

Á BILBAO

¡Salud, pueblo invicto! Hoy quiere el poeta, soldado en la causa de la libertad, que selle su libro tu nombre glorioso, que cierre su libro tu nombre inmortal.

Tú eres aquel pueblo sufrido y valiente que supo mil veces su sangre verter, y en pago á esos hechos sublimes y grandes, hoy ciñes tu frente con fresco laurel.

Tan sólo en el siglo tus triunfos sin cuento enseñan al mundo, de uno á otro confín, cómo se defienden los santos hogares, cómo por la patria se debe morir.

La paz te sonríe; ya nadie te inquieta, ni se oyen suspiros de horrible aflicción; son otros muy gratos que alegran el alma: los suaves y fuertes que lanza el vapor.

¡Gloria á nuestra España que, libre, progresa, á su sol de fuego y su cielo azul, á sus ricos campos y sus bellas flores, á sus nobles actos y su gran virtud.

E. Arcevala

EL SASTRE PIROTÉCNICO

FÁBULA

Quiso hacer, imperito,
bombas un sastre;
claro está que hecho trizas
fué por los aires.

*Nunca te metas
á hacer aquellas cosas
de que no entiendas.*

Alfonso G. Otero

EL VIEJO MISTERIOSO

CUENTOS DE JORRETO

I

ANDABA por un camino un pobre albañil mudo. Se había concluido la obra para la que había sido llamado en un pueblo, y se volvía al suyo á buscar quien le diera más trabajo.

Era por el mes de Agosto, y como aún le faltaba mucho para llegar, y tenía un calor que le abrasaba, se sentó á descansar á la sombra de unas matas que á la orilla del camino crecían.

Bien pronto se quedó dormido, y nosotros le dejaremos que duerma tranquilamente, que otros se encargarán de despertarle.

II

En uno de los pueblos inmediatos había una casa muy antigua.

Por todas partes estaba llena de escudos y de celosías, de ventanas muy estrechas y de rejas sumamente espesas.

Entre los vecinos no había ningún abuelo que recordase haber visto alguna vez abierta ninguna de sus ventanas.

Sólo se sabía que habitaba aquel edificio un viejo que vestía un traje talar muy negro, tenía una barba blanca que casi le llegaba á la cintura y unos cabellos muy blancos también, que caían por su espalda formando grandes bucles.

Se sabía además que era inmensamente rico, y sólo se le veía salir de su casa á la hora del crepúsculo de la tarde, en esos momentos en que el sol se duerme detrás de los montes y las sombras de la noche empiezan á extender su misteriosa oscuridad por el espacio.

Por eso se le llamaba el viejo misterioso.

Pues bien; la noche anterior á aquella en que el mudo se quedó dormido, dos ladrones enmascarados entraron en la casa del viejo, y corriendo con exquisito cuidado todas las habitaciones, llegaron á la en que dormía.

Aprovechando tan oportuna ocasión, le dieron muerte traidoramente, y después de robar cuanto pudieron, llevaron el cadáver á las inmediaciones del pueblo.

Allí, solos, sin más testigos que la vacilante luz de alguna que otra estrella que brillaba entre nubes; sin tener quien de su crimen les acusase más que Dios y su conciencia, en quienes ellos no creían, le enterraron en una sepultura que ya al efecto tenían preparada.

Cuando su obra estuvo concluida, huyeron precipitadamente de aquel sitio.

Pensando iban los dos ladrones en la manera de que aquel robo no se descubriese, y pensando en cómo disipar las sospechas que por su desaparición del pueblo y por no ver salir al viejo todas las tardes, se levantarían, cuando hallaron al pobre mudo, dormido á la sombra de las piedras y de las matas, y al verle, dijeron:

— El mejor modo de que nuestro crimen quede impune para nosotros es hacer que á este mudo se le tenga por el autor.

Gozándose en su perversa idea, llenaron los bolsillos del desgraciado albañil de monedas de oro, y sacándole de uno una cartera, en la que el infeliz apuntaba los días de jornal, pusieron una nota, imitando su letra, que le comprometía por completo; luego metieron en ella cartas que habían quitado al viejo, y dejándosela otra vez en su bolsillo, siguieron su camino, riéndose á carcajadas.

III

Era ya la hora en que el viejo misterioso salía de su casa; comenzaban á humear las chimeneas, á encenderse las estrellas y apagarse el sol; volvían los segadores cantando muy alegres porque habían trabajado todo el día, pues no hay nada que más alegre que el trabajo y traían los pastores á los corrales del pueblo sus corderos.

Tocaban á las Ánimas, y un grupo de campesinos se detuvo junto á las matas donde aún dormía el mudo, y allí le vieron dormir y le dejaron; pero desde aquel sitio hasta el pueblo se fueron encontrando varias monedas, que sin duda, como llevaban tantas, se les habían caído á los ladrones.

Mientras, en el pueblo no se hablaba de otra cosa más que de aquellos encuentros; comenzó á refrescar la noche, y el aire frío despertó el sueño del albañil, que soñaba en que, yendo por un camino, se había encontrado un tesoro.

Pero al notar el peso de sus bolsillos, y al ver que todo aquello era oro, creyó que seguía durmiendo y soñando: bien pronto salió de su error porque veía las monedas, las tocaba y se convencía de que era realidad.

(SE CONTINUARÁ.)

MADRID --1883

IMPRENTA DE P. NOZAL

CALLE DE LAS HUERTAS, 59